

---

# ELECCIONES DEL 27 DE MAYO: PIEZAS SURTIDAS PARA ARMAR UN ESCENARIO

---

Andrés López R.\*

---

## 1. Lo primero

Las elecciones del 27 de mayo pasado parecen haberle devuelto a una porción considerable de colombianos la confianza en las múltiples posibilidades de los procesos electorales como creadores de nuevas realidades. Esto se debe tanto al nuevo equilibrio de fuerzas políticas como a la tensa calma desde entonces instaurada —de todas maneras preferible a los horrores anteriores. Pareciera que la realidad política colombiana, caracterizada en los últimos tiempos por la tendencia a la dispersión y al desorden en un contexto de creciente conflictividad, hubiera sido de pronto obligada a pasar por un estrecho túnel del que ha salido reordenada. De repente, en un solo día, las cosas parecen más claras.

Todo el entusiasmo anterior tiene, sin embargo, un atenuante: los colombianos que participaron en la definición del futuro de Colombia fueron muchos menos de lo que cualquiera pudiera pensar. ¿Por qué? Aprovechando las ventajas que ofrecen los análisis retrospectivos, se intentará dar algunas pistas que parezcan una respuesta.

\* Economista, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

## 2. Lo esperado

Formalmente, el 27 de mayo se votó por dos cosas: la Presidencia de la República y la posibilidad de una Asamblea Constitucional. En la realidad, sin embargo, fueron otros asuntos los que entonces se definieron. Nadie dudó en ningún momento que, tras ganar el 11 de marzo la consulta liberal por un amplísimo margen, César Gaviria sería ungido presidente. Tanto así que los otros tres candidatos principales se esforzaron en manifestar que la competencia no era entre ellos sino de cada cual con su émulo liberal. Por otra parte, y como en tantos otros momentos decisivos, los únicos opositores a la posibilidad de recurrir a los procedimientos extraordinarios, ya para la reforma de la Constitución, ya para la elaboración de una nueva, fueron los expresidentes y algunos reconocidos miembros de la clase política.

Lo que estaba en juego eran definiciones de otro tipo. Así lo confirmaron los resultados. Ni siquiera la disminución de la votación puso en entredicho el éxito de Gaviria. Aunque todas las predicciones coincidían en otorgarle alrededor de 4 millones de votos, sólo logró 2 millones 800 mil. Esto implica que el nuevo presidente de la República fue elegido por apenas un 15 por ciento de los colombianos en edad de votar —que son aproximadamente 18 millones

y medio—, porcentaje inferior a cualquiera de los presidentes posteriores a 1958.

Algunos han argumentado que esto implica que Gaviria va a iniciar su gobierno con un mandato muy precario. Pero podría ocurrir lo contrario. Sin una deuda apreciable con los barones liberales, menos aún con los de la Costa, podría actuar con las manos libres tanto en materia de nombramientos como en definición de políticas. Incluso podría llegar a tener un mandato muy amplio, dependiendo de la manera como maneje la Asamblea Constitucional. Es significativo a este respecto que Gaviria insista en hablar de Constituyente en vez de Constitucional, poniéndose del lado de quienes reclaman una reforma más amplia. De otra parte, con respecto al tema más candente del momento, la estrategia de lucha contra el narcotráfico, los colombianos no se han manifestado claramente a favor o en contra de la posición del presidente electo, según la cual con los narcotraficantes se puede negociar mientras que con los narcoterroristas no y sobre la cual ha fundado una actitud muy pragmática sobre la extradición —ésta no es buena, pero debe aplicarse mientras no se haya fortalecido la justicia colombiana.

El otro tema en disputa era la posibilidad de una Asamblea Constituyente. El respaldo fue abrumador, según lo previsto. Ni los expresidentes, ni connotados constitucionalistas, ni influyentes comentaristas pudieron impedir una votación a favor de casi el 90 por ciento de las papeletas emitidas. Pero este es un proceso en el que lo más importante está aún por definir.

### 3. Lo novedoso

La parte más interesante del debate presidencial se jugó en el terreno de los candidatos que no tenían posibilidades de acceder a la Presidencia. Tanto así que tras las elecciones, con la aparición de una centroderecha encarnada por el Movimiento de Salvación Nacional y una centroizquierda en cabeza de la Alianza Democrática M-19, parece esbozarse un nuevo mapa político nacional. Contra todo lo previsible, la ideología tendría más peso en las elecciones que un tema como el narcotráfico. Este, el asunto de más envergadura para el país, dio

lugar a pronunciamientos muy débiles y poco claros por parte de todos los candidatos. Y los colombianos tampoco reclamaron mayor definición. Como si postergando su solución las consecuencias presentes desaparecerían.

En el Partido Conservador sus dos candidatos, Gómez y Lloreda, revivieron la rivalidad ospinismo-laureanismo, que ya dura más de 40 años, excluyendo cualquier posibilidad de acceder a la Presidencia. El último asalto de la pelea por el liderazgo del conservatismo fue ganado ampliamente por Alvaro Gómez, quien se enfrentó a la estructura del partido en nombre de una nueva organización, el Movimiento de Salvación Nacional. Rodrigo Lloreda no logró ganar sino en los departamentos donde la maquinaria pastranista tiene un claro predominio, a saber, Antioquia, Caldas, Huila y Valle del Cauca. En conjunto, los conservadores también vieron disminuir su votación aunque no en la misma proporción de los liberales, lo cual debe atribuirse al carácter de "primarias" que tuvieron estas elecciones para el Partido Social Conservador, como ya había sucedido para los liberales en marzo, y a que Gómez pudo recoger una buena cantidad de votos de opinión. Así y todo, sumados sus votos, los dos candidatos conservadores sólo pudieron ganarle al candidato liberal en Antioquia, Boyacá, Caldas y Norte de Santander y, en todos los casos, por márgenes muy estrechos.

Lloreda, personero de una organización en crisis, más que un actor del último proceso electoral resultó una víctima de situaciones que si comprendió no decidió enfrentar. Para el socialconservatismo —término hoy equivalente a pastranismo— el panorama futuro tampoco aparece despejado si se considera que la única salida que se vislumbra en esa colectividad está encarnada por Andrés Pastrana. Habrá que ver si los colombianos consideran al hijo mejor que al padre.

Dieciséis años después de participar por primera vez en unas elecciones presidenciales, Gómez obtuvo en 1990, 230 mil votos menos que en aquella ocasión. Sin embargo, su desempeño último ha sido considerado exitoso por todos los comentaristas y políticos. Alrededor de su campaña logró reunir al antiguo laureanismo, personero del viejo país político, junto con la nueva juventud conservadora, de

raigambre netamente urbana y cercana a los postulados de la nueva derecha que en los años ochentas ha gobernado en Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña y Alemania Federal. La experiencia de Alvaro Gómez le permitió adelantar la mejor de las campañas políticas que los colombianos pudimos ver en la televisión. Clara, bien manejada, haciendo énfasis en que el cumplimiento de la ley no es incompatible con la reconciliación y el diálogo. Esta flexibilidad, tal vez, le permitió obtener votos tanto en la derecha como en el centro, en este último caso a costa de Gaviria. Una prueba de esto es su éxito en Cundinamarca, donde obtuvo casi un tercio del total de su votación a nivel nacional.

Todavía es incierto qué vaya a suceder con el Movimiento de Salvación Nacional. Algunos han sugerido que es la simiente del primer partido legal de derecha en Colombia, para lo cual debería estimular el surgimiento de nuevos liderazgos. Sus esfuerzos por institucionalizarse y el nombramiento de liberales en cargos de dirección, permitieron pensar esto en algún momento; pero sus movimientos más recientes, centrados en la disputa con el pastranismo por la cuota burocrática que Gaviria ha prometido para el segundo partido en votos, más bien reeditan la pugna entre ospinistas y laoreanistas, donde aquéllos tienen los parlamentarios y éstos los votos de opinión.

A nivel partidista, el otro gran fenómeno fue precisamente la contraparte ideológica del Movimiento de Salvación Nacional, la Alianza Democrática M-19. Los hechos son dicentes: Antonio Navarro obtuvo un 12.5 por ciento de la votación y ganó en cuatro capitales departamentales, Barranquilla, Pasto, Santa Marta y Valledupar, y en ciudades tan importantes como Maicao y Yumbo. De paso, el triunfo del M-19 casi que ha borrado del mapa político del país a la Unión Patriótica y al Partido Comunista, que sólo vieron cumplido su llamado a la abstención en pequeños municipios de zonas como Urabá, Meta y el occidente de Cundinamarca. En las grandes ciudades el M-19 parece haberse nutrido del voto tradicional de izquierda pero aumentándolo en todos los casos. En la Costa Atlántica, el atractivo del M-19 amenaza ser muy inestable y puede dar lugar a conflictos muy agudos con los dueños tradicionales de esos votos. En zonas como el Valle del Cauca y

Nariño su presencia augura ser más permanente.

Todo esto se logró en una campaña corta y accidentada en la que el principal activo del M-19 fue su reincorporación plena a la vida civil, como lo comprobó su actitud tras la muerte de Carlos Pizarro, y la manifestación de una actitud centrista, hechos que le permitieron cabalgar sobre el descontento y obtener triunfos tan sorprendentes como los de la Costa Atlántica. Las perspectivas parecen buenas. El M-19 está llamado a tener un papel fundamental en procesos como la Asamblea Constitucional y los nuevos procesos de paz con las guerrillas que así lo deseen —y para las cuales la votación obtenida por el M-19 indica el único camino racional a escoger. Para cumplir esas tareas, por el momento el M-19 tiene una labor más inmediata y es su conformación como partido político pues su estructura de organización guerrillera fue desbordada por el volumen de votos obtenidos.

A diferencia del Movimiento de Salvación Nacional, la permanencia de la Alianza Democrática M-19 no está en cuestión, pero su posibilidad de constituirse en alternativa real de poder, por encima de ser una disidencia afortunada más, depende de la inteligencia con que maneje la participación en el gobierno de Gaviria y de la introducción de formas innovadoras de hacer política. Sin embargo, a casi dos meses de las elecciones, la definición de una política sobre participación ha quedado supeditada a los ofrecimientos de Gaviria, mientras que la tarea de reorganización va de manera muy lenta.

#### 4. Los instrumentos

Ante el desafío que supusieron los asesinatos de los candidatos presidenciales, el Gobierno introdujo la financiación parcial de las campañas y otorgó gratuitamente generosos espacios de tiempo en los mejores horarios de la televisión. De ambas reformas, especialmente de la financiación, se venía hablando hacía varios años y nada se había decidido. La incapacidad reformista del Estado colombiano se vio superada por el curso mismo de los acontecimientos, que haría imperiosa su implantación. Esto se complementó muy acertadamente con el uso

de la tarjeta electoral, cambio éste introducido por el Congreso de la República en la última legislatura ordinaria y que en un principio no generó una expectativa correspondiente con la importancia que al final tuvo. El uso de la televisión y el tarjetón permitió que los candidatos —los sobrevivientes— emularan bajo las condiciones más equitativas que se hayan visto en Colombia. Ambos factores están en la base del éxito relativo de las campañas de Alvaro Gómez y Antonio Navarro y, en parte, en el desempeño menos afortunado de Gaviria y Rodrigo Lloreda.

La bondad de estas medidas ha sido reconocida por la opinión pública. Por decir lo menos, resulta curioso que novedades tan poco costosas políticamente, por parecer apenas formales, hayan tenido un significado y unas consecuencias tan importantes. La democratización de las elecciones en Colombia, incluida la que elija la Asamblea Constitucional o Constituyente, depende del uso del tarjetón en todas ellas y de la disponibilidad de los medios de comunicación para las distintas campañas políticas. No es imposible que la historia política colombiana entre a partir de entonces en una etapa totalmente diferente, más moderna y democrática.

## 5. Lo inexplicable

Ya que se han sentado las bases, el interrogante que reclama ser considerado es: ¿Por qué, en contra de todas las tendencias históricas, disminuyó entre marzo y mayo la participación electoral? No sólo eso. ¿Por qué disminuyó la votación entre las elecciones presidenciales de 1986 y las de 1990, también en contravía de todas las tendencias? Y esto ocurrió justo en unas elecciones en que el abanico de posibilidades fue comparativamente amplio. En Colombia se vota poco, es cierto. Pero el abstencionismo no ha tenido nunca un carácter orgánico tal que pueda suponerse que significa algo distinto a desgano para votar o desconocimiento de lo que está en juego o, a lo más, una incierta desconfianza sobre lo que es la política.

La primera afirmación fue que el ambiente de zozobra y temor creado por los atentados dinámicos hizo permanecer en sus casas a

muchos de los votantes. Pero este argumento no es contundente, puesto que en las tres ciudades más grandes del país, víctimas de esos hechos, la votación, aunque no aumentó, tampoco disminuyó de manera apreciable entre marzo y mayo.

Las explicaciones del incremento de la abstención deben hallarse en otra parte, en razones menos dramáticas. De una parte, el voto clientelista resultó menos efectivo que nunca. A medida que las campañas parlamentarias crecen en costos, resulta más difícil para los caciques esforzarse para elegir presidente. Menos aún si ese esfuerzo debió ser doble por la consulta liberal de marzo y con un tarjetón que limitaba mucho sus posibilidades de control sobre el voto efectivo de sus huestes. Adicionalmente, éstas debieron resentir el calor y la embriaguez asociadas a las campañas hechas en plaza pública.

Por su parte, el votante de opinión, por lo menos el cercano al partido liberal debió pensarlo dos veces antes de votar por Gaviria dos veces seguidas. Incluso razones tan triviales como que la elección coincidiera con un puente festivo pudieron haberle desalentado. Todas estas circunstancias están por estudiarse. Pero cabe recordar que en esto también tienen una responsabilidad muy grande el Gobierno Nacional y la Registraduría, que enfrascados en una pelea ridícula, optaron por cerrar veinte días antes de lo previsto las inscripciones de cédulas.

## 6. Lo ausente

No hubo carro-bombas el día de elecciones. Muy distinto sería el panorama político si en cualquier ciudad del país algún puesto de votación hubiera sido objeto de un atentado. A nadie escapa que las elecciones fueron el objetivo de un proyecto desestabilizador del que no se conocen sus inspiradores, ni sus alcances, ni sus propósitos finales. Las autoridades pudieron parar la acometida final deteniendo a los ejecutores directos, pero los autores intelectuales permanecen aún libres y desconocidos, al acecho de las políticas y medidas que tome el próximo gobierno.

## 7. El futuro (y el final)

La introducción del tarjetón y el uso intensivo de la televisión determinaron unas elecciones presidenciales más abiertas, más sensibles que nunca a las aspiraciones del país. Así, el significado de las elecciones de mayo ha llegado a ser opuesto al que tienen los comicios para corporaciones públicas. En aquéllas la gente expresa su sentir, en éstas una porción muy importante de los sufragios se encuentra condicionada por el uso que hacen los políticos de todo el arsenal clientelista.

El manejo discrecional y poco ortodoxo que hace la clase política de los recursos del Estado es la única explicación posible para la actual oposición entre ella y el país. Los colombianos se favorecen en mayor o menor grado de esos bienes y servicios mediatizados por los caciques, les retribuyen con sus votos y luego les resulta inexplicable cómo llegan al Parlamento esos figurones. Los políticos, por su parte, deben orientar todos sus esfuerzos para hacerse elegir una y otra vez o para encumbrar a quienes los puedan ayudar en esa tarea, perdiendo en el empeño el sentido de la tarea política.

Si la ciudadanía se siente dependiente de sus representantes políticos y sus intereses le son opuestos, para el Ejecutivo la clase política cumple marginalmente las funciones de puente de los intereses regionales pero sobre todo es un obstáculo ineludible para su tarea. El Congreso debe aprobar sus proyectos y programas y esto se consigue dándole auxilios o cargos. En éstos los partidos, como en Fuenteovejuna, todos a una —jóvenes y viejos, de izquierda y de derecha—, están esperando qué decide Gaviria sobre la “gobernabilidad”, que es como le llaman en el partido liberal a la repartija burocrática. Y luego estarán al acecho de las decisiones en materia de institutos descentralizados y gobernaciones y de allí para abajo. La colaboración que den al Gobierno cada uno de los parlamentarios será directamente proporcional al número de puestos y el volumen de los recursos públicos de que puedan disponer.

Pero los parlamentarios no son completamente dependientes del Gobierno Nacional en cuanto a la manipulación del erario. Su coto propio se denomina Contraloría General de la Re-

pública, la que además de varios miles de cargos es precisamente la que vigila la adecuada destinación de los auxilios parlamentarios —los ratones cuidando el queso—, y mesas directivas del Senado y Cámara, botín nada despreciable por la autonomía presupuestal con que cuenta el Congreso y que se expresa en fenómenos como los supernumerarios y los viajes injustificados al exterior. Es en esta pugna donde se expresa la fortaleza de las distintas fuerzas políticas. Los samperistas fueron los ganadores, lo que coloca de una vez a su jefe en la primera fila de los candidatos de 1994 —así es en Colombia, los resultados de una elección son apenas el abrebotas de la siguiente—, mientras que los galanogaviristas y los duranistas entraron en crisis, los primeros por la disputa entre los galanistas de siempre y los recién llegados y, los segundos, por la falta de un derrotero tras la derrota de Durán y la renuncia del contralor González. Los social-conservadores y, sobre todo, el Movimiento de Salvación Nacional debieron resignarse a ver qué migajas dejaban caer de su mesa los voraces liberales. Y la izquierda, ni fu ni fa.

Esta oposición entre país nacional y país político va a tener su más dura batalla en la Asamblea Constitucional. El presidente de la República, árbitro de esa pugna en la que además impone las reglas del juego, parece decidido a dar garantías a ambos contendientes. Pero mientras esta rivalidad se resuelve a la luz pública, subsiste agazapado ese sector oscuro y desconocido que aunque no pudo detener las elecciones, parece fortalecerse de todas las disensiones que separan a los colombianos y que en cualquier momento puede dar un nuevo golpe.